
DE RAZON, PODER Y PALABRAS¹

Enrique Luque Baena

Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

El artículo trata de resaltar tanto la especificidad como las dificultades en la comprensión de la comunicación política. Concebida ésta, desde Aristóteles, como singular combinación de racionalidad y emotividad, ha sido blanco de variados ataques. Estos abarcan desde la habitual desconfianza, intelectual y popular, hacia las prácticas políticas hasta la búsqueda, en filosofía y lógica, de un lenguaje puramente referencial o denotativo. Sin embargo, se argumenta aquí, entender el lenguaje político requiere conjugar otros enfoques sobre significado (antropología del lenguaje, pragmática de Austin y continuadores, teoría habermasiana de la acción comunicativa), diferentes entre sí, pero coincidentes en recuperar aspectos clave de la retórica clásica. También se apunta a algunas inevitables carencias de esos enfoques en materias tan complejas como las que tienen que ver con el lenguaje.

¹ La realización de este trabajo ha sido posible gracias a la financiación de la DGICYT, mediante una ayuda de estancia en el extranjero (Universidad de Chicago, EE.UU.) durante 1995. Se trata de un planteamiento introductorio a los problemas más generales que plantea el análisis de la comunicación y del lenguaje políticos. Aparte de a otros desarrollos ulteriores y más específicos, hago en él referencias explícitas a un trabajo estrechamente relacionado con éste que tiene por título «Sobre el poder del lenguaje», R.I.S., 15, 1996.

La lengua es como fuego y las palabras se alojan como fuego en el corazón.
(Dicho oneida².)

dans la vie des individus et des sociétés, le langage est un facteur plus important qu'aucun autre. Il serait inadmissible que son étude restât l'affaire de quelques spécialistes.

(Ferdinand DE SAUSSURE³.)

INTRODUCCION

En las zonas húmedas y boscosas de los trópicos americanos, los ruidos que emiten algunos de sus habitantes se equiparan en decibelios al del tráfico de las grandes ciudades. Los responsables principales son las diversas especies de ranas que los pueblan. Para el oído inexperto o ajeno, el conjunto tal vez podría asemejarse a un coro o al sonido armónico producido por un grupo musical, de cuyo número de decibelios no están aquellos ruidos muy alejados. Pero, en realidad, nos dice quien ha estudiado sobre el terreno este fenómeno, Peter M. Narins, experto en ingeniería electrónica y en neurobiología, las cosas son bastante diferentes. Cada especie tiene sus propias estrategias de comunicación, y los receptores de los mensajes —machos potencialmente rivales de quienes emiten los sonidos, ya que las hembras raramente «llaman», y éstas mismas— atienden únicamente los que van dirigidos a ellos.

¿Cómo los seleccionan? Narins se refiere, principalmente, a dos estrategias: una tiene que ver con el propio sonido, otra con el momento en que se emite. La primera es la misma que utilizan las emisoras de radio de una gran ciudad, que transmiten en un determinado segmento del espectro electromagnético. La segunda consiste en restringir la llamada a determinadas horas del día o en «emitir» cada tantos segundos, de tal forma que el sonido coincida con el descanso de los vecinos. Esa doble combinación de ruido y tiempo es lo que puede dar la impresión errónea de conjunto al oyente ajeno al croar de las ranas. Sin embargo, lo que hacen estos anfibios es maximizar sus recursos sonoros en un entorno de ruidos constantes producidos por congéneres, otras especies de ranas y el resto de los habitantes de la zona. «Casi cada especie de rana (...) parece llamar dentro de una banda de frecuencia no compartida con ningún otro grupo. Tal separación persiste, si bien las frecuencias están limitadas por otros factores. Las ranas grandes tienen voces profundas —esto es, llaman en bajas frecuencias—; las ranas pequeñas emiten elevados chirridos»⁴.

En este tiempo nuestro en el que la imagen domina y casi anula a la palabra —por supuesto, a la escrita, pero también a la hablada— diríase que la

² *Apud* Foster, 1974, p. 34.

³ 1949, p. 21.

⁴ Narins, 1995.

estrategia sonora de los anfibios ofrece paralelos con épocas más pretéritas que actuales de la comunicación humana. La imagen debe estar cotizándose ya a varias decenas de miles de palabras. La devaluación constante de la comunicación verbal hace que viejos adagios sobre el valor de la palabra —su poder— sean sencillamente ininteligibles en nuestra circunstancia. Pero no del todo. En la primavera pasada se ha debatido con intensidad en la prensa norteamericana el papel político de las emisiones radiofónicas. Se atribuye a las populares *talk-radios* una influencia decisiva en la conformación de un voto neoconservador; e incluso se buscan nexos entre determinadas emisiones y ciertos estados de ánimo —el de los *angry white men*, la antítesis de la política progresista de los sesenta— proclives al terrorismo como respuesta justificada frente a hipotéticas medidas federales en contra de las libertades individuales⁵. En un orden de cosas muy diferente, nuestro país ha conocido también en los últimos años el auge de las tertulias radiofónicas, seguidas muchas veces del equivalente a la *talk-radio*, con intervenciones de oyentes también políticamente airados en no pocas ocasiones.

Estamos siempre tentados a establecer comparaciones con el mundo animal. Pero no conviene prolongar los paralelismos. Corremos siempre riesgos antropomórficos. Esto es, proyectar nuestras realidades sociales y políticas al resto de las especies animales. Imaginar, por ejemplo, machos o líderes prepotentes que transmiten con éxito sus mensajes —de amor o de terror— a sus defraudables audiencias. Seguro que nos equivocaremos. Semiología y semiótica marchan hoy, afortunadamente, por otros derroteros. Caminos que, por otra parte, trazara en buena medida un biólogo, Jakob von Uexküll, por lo que a la versión americana, la semiótica, se refiere. Aludo, muy concretamente, a esa bellísima noción suya que concibe la gran sinfonía del universo como basada en contrastes y correspondencias, *contrapuntos*. Homogeneidad (todos los seres vivos poseemos un *Umwelt*) y diversidad (cada especie habita un *Umwelt* propio, un específico y subjetivo mundo fenoménico, un trozo peculiar del universo de todos)⁶. En su misma línea, Sebeok resalta esa especificidad, ese único mundo en que vive cada especie, «al cual otras especies pueden ser parcial o totalmente ciegas»⁷.

No deberíamos, por tanto, extrapolar resultados del estudio de la comunicación animal al ámbito humano sin más. Aquí tenemos que contar con muchas más especificidades. La comunicación, la circulación de mensajes se circunscribe a emisores y audiencias que comparten no meramente palabras,

⁵ El atentado de Oklahoma, el pasado 19 de abril (1995), ha provocado un animado debate en los medios de comunicación sobre el alcance y límites de la libertad de expresión contenida en la Primera Enmienda a la Constitución. De forma menos explícita, afloraban también los temas que abordo en este ensayo, aunque, lógicamente, de manera muy pragmática. No renuncio a enfrentarme con esa segunda vertiente en otro momento, aderezada con algunas notas ocasionales de etnografía de las ondas.

⁶ Von Uexküll, 1982.

⁷ 1991, p. 54.

sino sentimientos, emociones, creencias, valores, razones y sinrazones. Todo eso que, por simplificar, podemos seguir llamando cultura, siempre y cuando no la hagamos equivalente de sociedades o ajena a las mudables circunstancias humanas. La variedad es mucho mayor en nuestra especie que en otras, tal vez porque mientras que «todas las creaturas que carecen de palabras (...) deben modelar su universo, para poder sobrevivir, en clara correspondencia con “lo que hay ahí fuera” —éste es, en definitiva, el significado profundo de la noción de *Umwelt*— los humanos han desarrollado un modo de modelar *su* universo de manera que refleja no meramente “lo que hay ahí” sino que puede, además, imaginar un número de *mundos posibles* potencialmente infinitos (la frase y la idea se remontan a Leibniz)»⁸.

Ese contraste entre palabra humana y otras formas de comunicación animal aparece nítidamente en la *Política* aristotélica. Aristóteles vincula la naturaleza política del hombre, su mayor sociabilidad respecto a los animales, a que ha sido dotado de palabra o discurso (*logos*) frente al mero sonido o voz (*phoné*) de que disponen los segundos. Con la voz, los animales expresan y comunican dolor y alegría. Con el *logos*, además, los seres humanos manifiestan lo perjudicial y lo beneficioso y, por tanto, lo justo y lo injusto. El *logos* (palabra y razón) ocupa así, desde la perspectiva aristotélica, un papel central en la fundamentación de la familia y de la *polis*. En último extremo, la mera sociabilidad no basta, porque el hombre la comparte con otros animales: el hombre es animal naturalmente político porque naturalmente dispone de *logos*⁹.

Pero volvamos a la comunicación. La teorización acerca de la misma tiene mucho que ver en nuestra época con la ingeniería electrónica. La terminología básica, sobre todo, parte de ahí: fuente, mensaje, transmisor, señal, receptor. No así la riqueza de contenido que aportan otros marcos de conocimiento, muy concretamente —ya he aludido a ello— la semiótica. Esta ha venido a unir dos fuentes muy diversas: la fecunda síntesis de Von Uexküll y la teoría de los signos esbozada por Peirce. A ello se añade también, en los últimos años, la recuperación de otra teoría de los signos, procedente de la lógica aristotélicotomista en este caso y de su desarrollo en lares hispanos en los siglos XVI y XVII¹⁰.

No obstante, la primera teoría de la comunicación fue retórica y por ende política¹¹. Y los primeros expertos, los sofistas, que supieron calibrar como nadie hasta entonces tanto la diversidad como la especificidad de las audiencias humanas. El establecimiento del principio de relatividad universal —la doctrina del *homo mensura* de Protágoras— posibilitó esa temprana consciencia de lo

⁸ Sebeok, 1991, p. 72.

⁹ *Política*, L. I, cap. I. He seguido las versiones española de Azcárate, 1941, p. 28, y bilingüe de Rackham, 1972, p. 11. Sobre los aspectos biológicos en Aristóteles son interesantes Louis, 1955, y Virieux-Reymond, 1986.

¹⁰ Por ejemplo, Deely, 1994, y, como contraste, Ashworth, 1988, y Murphy, 1991.

¹¹ Kinneavy, 1980, p. 18.

vario en lo humano. Al ser el hombre medida de todas las cosas, las creencias y afirmaciones verdaderas sólo tienen sentido o significado en relación con creyentes, real o supuestos: toda opinión resulta verdadera para el creyente, falsa para el no creyente¹². Los sofistas, además, como resaltó Jaeger, supieron aprovechar la transformación de la ciudad-estado ateniense en el estado imperial griego para enseñar a los nuevos líderes de la más dinámica situación política todo lo que no se consideraban cualidades innatas; ante todo, la capacidad de hablar convincente y persuasivamente: «En griego clásico, el político es simplemente llamado *rhétor*, orador (...) La educación política, lógicamente, se convirtió en educación retórica»¹³.

La obra de la antigüedad clásica que vino a ser el término medio entre los ataques platónicos a los sofistas y la *techné rhetoriké* de estos últimos, la *Retórica* aristotélica, sigue constituyendo un marco de referencia mucho más vivo de lo que podría sospecharse. Tratando, precisamente de domeñar lo que los griegos denominaban el artifice o artesano de la persuasión (*peithous demiourgos*), Aristóteles resaltó de rechazo la peculiar conjugación de razón y emotividad que se sitúa en el núcleo de la comunicación y del lenguaje políticos¹⁴. Lo cual parece que contribuye de forma decisiva tanto a garantizar la recepción del mensaje como a propiciar que de ello se siga una respuesta a través de la acción. Se trata, también, de esa peculiar *identificación* entre hablante y oyente, como la denomina Kenneth Burke, quien desde la crítica literaria y la filosofía mantuvo vivo el interés por la retórica en época, aparentemente, muy poco propicia a ella¹⁵. Porque bien sabido es que *retórica* se convirtió muy pronto en sinónimo de artificialidad, falsedad incluso. Significativamente, de modo paralelo, *política* se cargaba de connotaciones también negativas. Pero no deberíamos olvidar que, como dice con buen tino Ricoeur, «antes de convertirse en fútil, la retórica fue peligrosa»¹⁶.

La persuasión misma ha corrido suerte semejante en el terreno de la comunicación política. Se rehúye el vocablo, cuando no se le excluye lisa y llanamente¹⁷. Qué duda cabe que la línea que separa ése de otros ámbitos conexos —publicidad, propaganda o, sencillamente, manipulación— es tenue y, a

¹² Sigo casi literalmente el estudio clásico de Grote, 1973, pp. 429 y ss., donde censura de modo convincente la incomprensión platónica y aristotélica del principio de Protágoras.

¹³ W. Jaeger, 1960, pp. 290-291. Como contraste, tanto con Jaeger como con Kennedy, 1963, puede verse Jarrat, 1991; y una postura mesurada en época de entusiasmo por los sofistas: Romilly, 1988.

¹⁴ La bibliografía sobre estos aspectos es sencillamente abrumadora, como cabría esperar. Para este ensayo me ha resultado de enorme utilidad la siguiente: Cope, 1867; Arnhart, 1981; Ricoeur, 1975, y Furley y Nehamas, 1994.

¹⁵ Por ejemplo, Burke, 1969, pp. 54 y ss., o la introducción de Gunsfield a su obra, Burke, 1989, p. 18.

¹⁶ 1975, p. 40.

¹⁷ Baste un ejemplo: una publicación periódica dedicada a estos temas, la norteamericana *Political Communication and Persuasion*, iniciada en 1980, ha suprimido, sin explicaciones, el segundo término a partir de 1992.

veces, sencillamente inexistente o imperceptible. Pero tales actitudes ponen de relieve, probablemente, el afán de los estudiosos de la política por situar su objeto en terrenos más asépticos, más racionales y, supuestamente, más científicos¹⁸. Fuera, paradójicamente, de lo que es el terreno de la política, un terreno donde los más nobles ideales que las palabras pueden transmitir y que el lenguaje puede crear incluso, se mezclan con las prácticas más sucias y abominables. De esa otra imagen me ocupo enseguida. Pero quiero aclarar antes que mis intenciones en el presente trabajo son sólo desbrozar un campo desde el que poder abordar, más adelante, las realidades y la diversidad cultural de la comunicación y del lenguaje político.

I. RACIONALIDAD Y POLITICA

El estudioso de la política suele compartir con el profano en la materia una parecida actitud respecto a ella. Las prácticas de los políticos provocan en ambos similar desconfianza, semejante hastío y, más o menos, la misma irritación mejor o peor contenida. Ajenos a ellas como somos la mayoría de los ciudadanos, pero compartiendo todos nosotros sus consecuencias, lo que hacen y dicen los políticos termina por hacérsenos tan distante como inevitable. El profano suele refugiarse en la apatía o en la indiferencia, si no en el radicalismo de cualquier signo en casos minoritarios o situaciones excepcionales. El que intenta entender la política más allá de las prácticas y componendas acostumbradas, en cambio, a distanciarse de unas y otras estableciendo una barrera entre él y ese juego que detesta o que le fascina, cuando no ambas cosas. Barrera que puede ser moral, intelectual, estética incluso. En cualquier caso, el político caerá del lado odioso de la divisoria.

Voy a servirme de dos caracterizaciones antitéticas de la política —casi dos caricaturas, habría que decir tal vez— que espero que sirvan como ilustraciones de lo que acabo de decir. «Hay que decidirse por una de estas dos tareas incompatibles: o se viene al mundo para hacer política, o se viene para hacer definiciones.» El breve ensayo de Ortega y Gasset sobre *Mirabeau o El político* está lleno de antítesis como ésta: acción/reflexión, ocupación/preocupación, falta de escrupulosidad/escrúpulos, falsedad/verdad. O, para resumir, político frente a intelectual, contraste deliberadamente exagerado mediante tales antítesis, como reconoce el autor¹⁹. El contraste evoca, inmediatamente, la distinción weberiana entre científico y político y, de modo remoto, los ataques platónicos a los sofistas. Pero el bache no parece insalvable desde la óptica orteguiana, ya

¹⁸ La famosa obra de Kuhn sobre las revoluciones científicas trastocó esa imagen de la asepsia científica hace muchos años. Un breve y delicioso ensayo sobre el papel de la persuasión en las llamadas ciencias duras: Prigogine, 1963.

¹⁹ Ortega y Gasset, 1947, p. 629.

que al final del ensayo apunta a una convergencia que preludia, probablemente, la dedicación pasajera de su autor a la política activa.

De una forma más brutal y bastante más escéptica, se acentúa la identificación de lo político, no ya con la acción sin reflexión, sino pura y simplemente con lo irracional, en una obra casi coetánea de la mencionada. Me refiero a la de T. W. Arnold *The symbols of government*²⁰. Con talante mordazmente irónico, Arnold propone un distanciamiento antropológico de la política para poder entenderla y una actitud psiquiátrica para actuar en ella y sobre ella. Su argumento central viene a ser que cada institución política tiene sentido y su propia lógica, pero el conjunto de lo que constituye el *government* es sencillamente absurdo. Piénsese, por ejemplo, en ese condenado a muerte —un caso real en los Estados Unidos de los años treinta— al que se salva de la grave enfermedad que contrae en prisión para poder ejecutarlo luego. Lo peculiar de un sistema político contemporáneo, desde esa perspectiva, es que articula elementos racionales dentro de la irracionalidad. No debemos atender ni a las teorías ni a los ceremoniales políticos como elementos explicativos por sí mismos, porque unas y otros (los *symbols of government*) no tienen más valor que los delirios de los orates o la magia de los primitivos. De ahí que la ciencia de la política deba adoptar ese cariz antropológico (esto es, no misional, tratando de extirpar errores) y al tiempo psiquiátrico (el mejor gobierno es el del manicomio, aquel que no cuestiona las fantasías de los psicópatas sino que trata de curarlas)²¹.

Ortega habla en su ensayo de «tacto y astucia» como condiciones necesarias, aunque no suficientes en el ejercicio de la política. Una sombra de racionalidad, al menos. Arnold, por su parte establece una rígida separación entre prácticas, de un lado, y teorías y rituales políticos, de otro²². Los segundos conllevan fe y sueños para dar moral a las instituciones sociales, así como simetría, belleza moral y pretendida lógica para mantener su jerarquización, prestigio y poder. No varían gran cosa de una a otra época. En cambio, las prácticas, que violan sistemáticamente principios, sueños y estética, son dinámicas: en atender a ellas consiste realmente el arte de gobernar. Para Arnold, tiene tan poco sentido, en el estudio de la política, resaltar contradicciones entre la racionalidad y moralidad de los principios y la irracionalidad o amoralidad de las prácticas como cuestionarse, en zoología, por el significado del comportamiento de los animales. Quienes se empecinen en ello, se sitúan «en la misma posición intelectual que un naturalista que insista en escribir sobre la estupidez de los animales o un apicultor que discuta sobre el zumbido de una abeja como “vacío y sin sentido”». La probabilidad de que tal punto de vista produzca biólogos competentes es escasa²³.

El zumbido de la abeja evoca probablemente las palabras huecas de los

²⁰ 1935.

²¹ *Ibid.*, *passim* y pp. 22 y ss. y 232-233.

²² *Ibid.*, pp. 229 y ss.

²³ *Ibid.*, p. 7.

políticos. No atendamos a ellas, parece decirnos Arnold, porque la racionalidad no está en lo que los hombres dicen. Si acaso, en lo que hacen. Lo que ha venido después en el análisis de la política no hace sino extremar un proceso de progresivo alejamiento de los elementos racionales que los fenómenos políticos puedan encerrar. Me refiero al giro decisivo hacia los cincuenta en el estudio de la realidad política. Tal como lo formuló Harold Laswell, de una concepción expresada en la triple pregunta quién *obtiene* qué, cuándo y cómo, se pasó a otra formulada en estos otros términos: quién *percibe* qué, de qué modo y por qué²⁴.

El lenguaje político es —habrá ocasión de verlo en otro momento— fundamentalmente metafórico; pero también lo es el lenguaje acerca de la política. Y esas dos concepciones encierran dos metáforas: en el primer caso la imagen es el mercado; en el segundo, el escenario. La política, se dice y se repite en nuestra época, se asemeja cada vez más a un espectáculo —a un triste espectáculo, muchas veces. Tal vez, esa espectacularidad no sea sino una consecuencia de la creciente indiferencia hacia la política, una respuesta a la misma²⁵.

Pero volviendo al problema de la racionalidad, cabe decir que de esas dos imágenes o concepciones de la política, la primera —el mercado— al menos da entrada a elementos racionales; si queremos, a una versión utilitarista de lo racional²⁶. La segunda —lo teatral— no los excluye, pero claramente no los requiere como premisa. Y, a veces, se prescinde de ellos sin más. Buen ejemplo de ello es una obra como la de Murray Edelman, donde se establece una rígida y más que cuestionable línea divisoria entre lo simbólico y expresivo, de un lado, y lo racional e instrumental, de otro²⁷.

Quizá habría que plantearse si es que tan irracional, absurda, y, por supuesto, inmoral, se ha vuelto la vida política en nuestras sociedades que no cabe otra forma de abordarla o enfrentarse con ella. En la cultura de los medios audiovisuales, se nos dice, se rinde puro servicio de boquilla al dogma de la difusión de la información, pero se acepta con cinismo que «esa retórica política es despliegue de estilo sin contenido significativo (...) el lugar común y la estilización retórica constituye la fuerza, no los defectos de la oratoria políti-

²⁴ Lo sintetiza Hofstadter, 1965, Introducción.

²⁵ Sin embargo, el viejo debate nunca muere. Lo pone de relieve la nueva situación creada en algunos países tras el colapso de los sistemas comunistas. Tal es el caso de la República Checa y del duelo entre presidente de la República y jefe de gobierno —V. Havel y V. Klaus—: «The intellectual job is to seek the truth, and then to present it as fully and clearly as possible. The politician's job is to work in half-truth. The very word party implies partial, one-sided. (The Czech word for party, *strana*, meaning literally "side", says it more clearly.) Of course, the opposition parties then present the other side, the other half of the truth. But this is one of those strange cases where two halves don't make a whole» (Ash, 1995).

²⁶ Aunque el núcleo de la política, la *influencia*, no tuviera un significado estrictamente mercantil o económico en el planteamiento de su formulador: «Politics: who gets what, when, how» (1936), abreviado en Laswell, 1977, pp. 108-113.

²⁷ Edelman, 1964. Para un planteamiento más matizado y más sólido del mismo autor, vid. Edelman, 1988.

ca (...) La persuasión, el conflicto o el suministrar información adecuada no juegan prácticamente ningún papel en tal oratoria»²⁸. Una autora insiste, por su parte, en la creciente disociación entre pensamiento y palabra en la comunicación política, e incluso en la sustitución del discurso o la frase adecuada por la anécdota o el escenario adecuado: «Para Reagan, la narrativa teatral es el alimento retórico habitual; para sus antecesores, un plato exótico»²⁹. Frente al de la retórica clásica, el lenguaje político contemporáneo parece destinado «no a persuadir, sino a controlar; no a estimular el pensamiento, sino a prevenirlo; no a transmitir información, sino a ocultarla o a distorsionarla»³⁰.

La racionalidad parece, pues, forzada a huir del objeto y a refugiarse tan sólo en el análisis. Tal vez sea que se pide o se espera mucho de aquella, sin escapar, como proponía irónicamente Arnold, «de la presunción problemática de que la raza humana es racional»³¹. Probablemente, queden hoy pocos científicos sociales que, como Habermas, no hayan renunciado a emplazar la racionalidad en uno y otro nivel, realidad y su estudio. Su *teoría de la acción comunicativa*, que integra un parecido afán weberiano, persigue, además, aprovechar los logros de corrientes o perspectivas aparente o manifiestamente antagónicas. Esto es, semiótica, filosofía analítica y contextual del lenguaje, hermenéuticas de variado signo y algunas más. Todo ello unido, además, a un pensamiento racionalista que se proclama heredero de la Ilustración del siglo XVIII. Con un concepto de racionalidad universal, que se presenta, sin embargo, de forma cautelosa: «Al pretender validez universal —no obstante, con muchas matizaciones— para *nuestro* concepto de racionalidad, sin adherirnos a una creencia en el progreso completamente insostenible, estamos admitiendo una enorme carga de prueba»³².

Puede que no sea suficiente la cautela. Porque lo que está en cuestión no es la razón analítica, sino la del objeto u objetos a los que ésta se aplica. Y en este segundo caso sería difícil negar a nada o nadie una racionalidad instrumental al menos. Esto es, la mera relación de medios puestos en juego para obtener unos determinados fines. Hasta la sinrazón a la que se refiere Arnold conlleva una instrumentalidad de ese tipo: si hay que ejecutar a alguien, lo primero que hay que hacer es procurar que el condenado esté vivo. Otra cosa es la racionalidad en un sentido más amplio o más noble, es decir, en relación con la búsqueda de la verdad. Esto es lo que apunta Appiah en su discusión de sistemas filosóficos y culturas. Vista de esa otra manera, la racionalidad es más que nada un *ideal* «tanto en el sentido de que merece la pena lograrlo como en el sentido de que somos incapaces de hacerlo realidad»³³. El desencantamiento weberiano

²⁸ Corcoran, 1979, pp. 198-199.

²⁹ Jamieson, 1988, pp. 201-237 y 118-134. Sobre los presidentes americanos posteriores a Reagan, es interesante Miroff, 1995.

³⁰ Corcoran, 1979, p. XV.

³¹ 1935, p. 233.

³² Habermas, 1984, p. 138 (cursiva del autor).

³³ Appiah, 1992, p. 116.

del mundo no ha conducido más que a la penetración del espíritu científico en islotes académicos, minoritarios incluso en los países más industrialmente avanzados. Antes al contrario, el mundo contemporáneo, nuestro inmediato presente o nuestro pasado inmediato, lo que presencia y lo que sufre es el renacimiento de los fundamentalismos y la proliferación de figuras carismáticas en la escena política³⁴. Y una y otra cosa, sin lugar a dudas, contradicen los esquemas weberianos de racionalidad.

Como cualquier otra actividad humana, la política que podemos estudiar no la encontraremos ni en el extremo paródico donde la confinaba Arnold ni en el ideal irrealizable al que se refiere Appiah; si acaso, bastante más cerca del primero que del segundo. En todo caso, no está de más recordar una vez más que antes de que la razón y lo aparentemente irracional (mito, poesía) se presentaran como antagónicos en nuestra tradición cultural hubo quienes, como los sofistas, trataron de compaginar una y otro³⁵. Pero desde sus mismos inicios, la retórica —esa primera teoría de la comunicación—, o mejor dicho su objeto —el arte de persuadir—, ha sido vista con recelo por quienes desconfían del amplio abanico de significados que encierra cualquier vocablo de cualquier lenguaje natural. La vieja búsqueda de un lenguaje cuyos signos tengan referencias únicas se estrellan siempre con lenguajes como el político. Porque del lenguaje en general también se ha querido hacer entidad estrictamente racional o lógica, como voy a tratar de poner de relieve enseñuida.

II. EL PODER DE LAS PALABRAS

Hay una obra del primer cuarto de este siglo sobre lenguaje y significado que constituye hoy y desde hace ya mucho tiempo objeto más de referencia de segunda mano que de lectura directa. Para mí, la obra resulta mucho más interesante por lo que ataca que por lo que sostiene. Me refiero a *The meaning of meaning*, de Ogden y Richards. El libro, una especie de *revival* de los grandes empiristas británicos en la época en que ya ha aparecido en escena la lingüística saussuriana, constituye una dramática batalla contra «el poder de las palabras»: el carácter engañoso, mágico o supersticioso del lenguaje corriente³⁶. Siendo una de las primeras teorizaciones de nuestra época sobre simbolismo, la concepción que los autores tienen del mismo choca frontalmente con las teorías antropológicas al respecto, desarrolladas ya en la segunda mitad del siglo. En ella, el símbolo se presenta como el vértice de un triángulo cuyos otros vértices son el pensamiento y el referente. Las relaciones entre ellos se establecen «en términos puramente causales», de tal manera que un símbolo no puede

³⁴ Appiah, 1992, pp. 145 y ss. y 124.

³⁵ Vid. Jarrat, 1991.

³⁶ Ogden y Richards, 1938. La obra está toda animada por una auténtica fe empirista, a veces muy explícita, como, por ejemplo, en el neologismo *engrama*, utilizado en la definición de signo, pp. 50 y ss., o en la percepción misma de los signos, pp. 82 y ss.

tener más que una referencia, que es captada por el cerebro a través de una sensación externa. No cabe, pues, la polisemia, la pluralidad de referencias y significados que ha caracterizado al desarrollo de la teoría simbólica en la ciencias sociales.

Ahora bien, Ogden y Richards consideran que toda su elaboración se refiere sólo al *uso simbólico*, o, lo que es lo mismo en su planteamiento, al uso lógico o científico del lenguaje. Una gran parte del lenguaje constituye, en cambio, lo que denominan su uso *emotivo* o *evocativo*, que provoca respuestas y suscita propósitos. «La mayor parte de lo escrito o hablado, que es de tipo mixto o retórico, en tanto que opuesto al uso estrictamente puro, científico o simbólico, adoptará su forma como una solución de compromiso»³⁷. En él tienen entrada emociones, pasiones o deseos y, sobre todo, la *provocación*, la incitación a unas y a otros. Retengamos de esta rapidísima caracterización dos notas: primera, el carácter mixto, de compromiso, del uso retórico del lenguaje (o para lo que aquí me interesa: esa peculiar lógica del lenguaje político) y, segunda, el nexo que ese uso establece entre un oyente y un hablante con un determinado propósito (algo a lo que me referiré después, bajo este mismo epígrafe). No deja de ser interesante, por otra parte, que un libro dedicado por completo al uso referencial y neutro del lenguaje acabe reconociendo, aunque casi a regañadientes, un lugar en el esquema al inmenso océano que rodea a la lógica pura.

Sin embargo, una perspectiva teórica tal, que tan furibunda se muestra con el *lenguaje evocativo*, no puede sernos de gran utilidad para abordar lenguajes y formas de comunicación impregnadas de evocaciones y emotividades. Sucede en ese caso algo parecido a lo que Susan Langer destacaba respecto a la incapacidad de los neopositivistas (Russell, Carnap, el primer Wittgenstein en cierto modo): «si consideramos lo difícil que es construir un lenguaje significativo que satisfaga los *standards* neopositivistas, resulta increíble que la gente pueda *decir* alguna vez algo, o entender unos las proposiciones de otros. En el mejor de los casos, el pensamiento humano no es sino una pequeña isla, gramaticalmente delimitada, en medio de un mar de sentimientos expresados por medio de “Oh-oh” o mero balbuceo. La isla tiene, tal vez, una periferia de lodo —conceptos factuales e hipotéticos erosionados por mareas emotivas (...), una mezcla de significado y sinsentido»³⁸. Incidentalmente, tan sólo resaltar que la iluminadora aportación de esta autora al estudio de los fenómenos simbólicos se sitúa en las antípodas de la obra de Ogden y Richards. Con un concepto de racionalidad, además, que desborda los estrechos límites de la razón instrumental: «La racionalidad es la esencia de la mente y la transformación simbólica su proceso elemental. Es un error fundamental, por tanto, reconocer aquélla tan sólo en el fenómeno de razonamiento sistemático, explícito. Ese es un producto maduro y precario»³⁹.

³⁷ *Ibid.*, p. 234.

³⁸ Langer, 1978, p. 87; cursiva de la autora.

³⁹ *Ibid.*, p. 99.

Pero al propio tiempo que Langer, otras perspectivas de variada procedencia (filosofía, lingüística, semántica) venían a poner de relieve la necesidad de desbordar los límites del lenguaje por lo que a sus estrictas funciones referenciales o denotativas respecta. Es muy conocida la sentencia de Wittgenstein: «El significado de una palabra es su uso en el lenguaje»; mucho menos conocida, probablemente, la conclusión casi idéntica a la que llegaba el filósofo de la historia R. G. Collingwood por vías diferentes: «Uno no adquiere un lenguaje, primero, y después lo usa. Sólo lo poseemos tras intentar usarlo progresiva y repetidamente»⁴⁰.

N. Garver ha expresado con claridad y concisión el tránsito desde una concepción lógica a otra retórica del lenguaje. Opone Garver lógica a discurso como dos formas de entender el lenguaje. Lo primero, abstracción en definitiva, se refiere al significado de los signos con independencia de su localización espacio-temporal; lo segundo, en cambio, tiene que ver con lo que los hablantes *hacen* realmente con expresiones reales, contextualizadas. La lógica ha sido, precisamente, el terreno en el que han confluído los enemigos empirismo y racionalismo (Frege, Husserl, Whitehead, Russell y el Wittgenstein del *Tractatus*): «En lo que discrepan racionalistas y empiristas es en el origen de las ideas; lo que tienen en común es la perspectiva de que los signos representan ideas y que una idea es algo que puede aparecer en contraste o contradicción semántica con otra idea (...) sin referencia a contextos de comunicación, a “voces que resuenan en los corredores” o a cómo se manifiestan en el “flujo de la vida”»⁴¹.

El giro del, por así llamarlo, lenguaje puro pero irreal al real y contaminado por el *ruido* del contexto, se dio en filosofía lingüística gracias, fundamentalmente, a la obra de John L. Austin. Aunque hay atisbos antropológicos anteriores. Uno de ellos, curiosamente asociado a la obra de Ogden y Richards. Me refiero al ensayo de B. Malinowski que figura como uno de los apéndices de la misma. E insisto en que, para mi, es sorprendente la ubicación del ensayo porque, pese a las declaraciones de concordancia de los enfoques que proclaman ambas partes, la realidad es que cada cual marcha por su lado. El punto central de la argumentación, un tanto errática, de Malinowski viene a ser la importancia del contexto precisamente. El lenguaje se nos presenta «no como un instrumento de reflexión, sino como un modo de *acción*»⁴². O, más enfáticamente, «el Lenguaje y todos los instrumentos Lingüísticos derivan su poder solamente de procesos reales que tienen lugar en la relación del hombre con lo que lo rodea»⁴³. Confieso que la única vinculación que veo en la obra de Ogden y Richards con esta óptica es lo que ellos denominan *symbols situations*, último capítulo del libro y donde dan entrada al lenguaje evocativo, categoría para ellos residual por amplio que sea su ámbito. Más aún: en la criba crítica que

⁴⁰ *Apud* Boucher, 1989, pp. 136-137.

⁴¹ Garver, 1973, p. XIII.

⁴² Malinowski, 1938, p. 315; cursivas mías.

⁴³ *Ibid.*, p. 336; mayúsculas del autor.

los autores hacen de las teorías sobre el significado, hay una dirigida precisamente contra la que afirma que «significado es *contexto*»⁴⁴.

No creo que sea casual que fuera desde la órbita antropológica de la investigación *in situ* donde se prestara atención más al cómo, cuándo y quién dice algo que al qué se dice mismo. La experiencia antropológica ha implicado durante toda la génesis de la disciplina que el antropólogo tuviera que franquear la doble barrera de cultura y lenguaje, y el aprendizaje de éste se ha logrado en el terreno y partiendo de situaciones concretas. La generalización malinowskiana puede ser, así, una proyección teórica de la propia experiencia. Nada tiene de extraño el que se haya visto en Malinowski una especie de precedente de Austin⁴⁵.

También otro antropólogo (con preparación lingüística en este caso) nos ofrece una temprana versión contextual del lenguaje, ligada en su planteamiento a la adquisición del mismo. Me refiero a Sapir. Precisamente, nos dice, porque se aprende en la infancia, de forma fragmentaria y en relación con contextos reales «el lenguaje, a pesar de su forma quasi-matemática, raramente es una organización puramente referencial. Tiende a ser eso sólo en el discurso científico, y puede dudarse incluso de que el ideal de referencia pura lo alcance alguna vez el lenguaje (...). El mismo mensaje externo se interpreta de modo diferente con arreglo a que el hablante tenga éste o aquel status psicológico en sus relaciones personales, o bien porque expresiones primarias como las de afecto o ira o miedo pueden dar a las palabras un significado que trasciende su valor normal»⁴⁶.

El giro austiniano se expresa bien con palabras de su autor: «La verdad o falsedad de una afirmación no depende meramente del significado de las palabras, sino de qué acto se estaba realizando y en qué circunstancias»⁴⁷. Austin era figura destacada en la filosofía británica de postguerra, la cual había cambiado el modo de concebir el funcionamiento del lenguaje; como lo expresó J. O. Urmson, dos nuevos *slogans* se ponían de moda: «No pregunte por el significado, pregunte por el uso» y «Cada afirmación tiene su propia lógica»⁴⁸. Las consecuencias respecto a racionalidad y pensamiento humanos pueden sospecharse.

Las categorías austinianas que se diferencian de la función referencial del lenguaje (*locucionaria*, en sus términos), son, precisamente, las que interesan al autor; es decir, estamos en el extremo opuesto al de la preocupación de los lógicos y filósofos a los que antes se aludía. De sobra son conocidas esas categorías fundamentales: locución, ilocución y perlocución. Mediante la primera

⁴⁴ Ogden y Richards, 1938, pp. 174-175.

⁴⁵ Tambiah, 1985, p. 78, quien recalca también la semejanza sólo superficial de las formulaciones pragmáticas de Malinowski con respecto a la sentencia wittgensteiniana antes mencionada (*ibid.*, p. 378).

⁴⁶ Sapir, 1933, pp. 157-158.

⁴⁷ Austin, 1975, p. 145.

⁴⁸ Según Hymes, 1965, p. 587.

decimos *algo*; con la segunda, *al* decir algo producimos alguna consecuencia; por último, con la perlocución logramos que algo se produzca gracias o *a través de, por medio de* lo que decimos (convencemos o persuadimos a alguien). A ello se añaden otras clasificaciones y otras complicaciones terminológicas: las más básicas de lo constativo (hacer constar, declarar, lo locucionario) y performativo (realizar al decir); los criterios de verdad/falsedad (para la locución) y de realización afortunada/desafortunada (para la ilocución) esto es, con o sin consecuencias; la desbordante última *lecture*, con sus cinco clases de verbos clasificados con arreglo a su fuerza ilocucionaria... Y, desde el propio Austin a sus intérpretes y críticos, la difícil distinción entre ilocución y perlocución, más la continua relativización del propio autor respecto a sus propios neologismos y clasificaciones⁴⁹.

Lo que me interesa destacar y retener es que, al desplazar el foco de atención en el análisis del lenguaje, Austin revive el viejísimo interés por la retórica, que languidecía mortecinamente en las fechas en que aquél enseñaba que decir supone mucho más que simplemente decir. Pensemos que un historiador de la retórica clásica, romana, señalaba en los cincuenta —muchos años antes de que los postmodernos pudieran reparar en ello— que persuasión y retórica vegetaban, si acaso, en las aulas, pero gozaban de excelente salud fuera de ellas⁵⁰.

Dejemos las vicisitudes de la retórica y veamos qué interés puede tener para el estudio del lenguaje político el enfoque austiniano. Qué duda cabe que la ilocución constituye la forma de muchos de los mensajes que circulan en el escenario político. El lenguaje es poder en ese sentido primario o elemental de que al ordenar (*al* decir) algo consigo una determinada modificación en el mundo que me rodea. Los mensajes que circulan en las estructuras jerárquicas de arriba a abajo suelen ser de ese tipo⁵¹.

⁴⁹ Austin, 1975. Vid., por ejemplo, Habermas, pp. 288 ss.

⁵⁰ «“La edad de la Retórica”, escribió Thomas de Quincey hace más de cien años, “como la de la caballería, ha pasado a integrar la de las cosas olvidadas”. En cierto sentido se equivocaba. El arte de la persuasión está siempre con nosotros, aunque asume nuevas formas y se llama con nuevos nombres, tales como publicidad comercial y propaganda política. La palabra hablada es todavía un poder, especialmente desde que la radio nos hizo gente más oyente que lectora. Pero retórica como la conocieron los antiguos, el estudio sistemático del arte del argumento y de la expresión, ciertamente ha desaparecido. El último tratado sustancial sobre el tema publicado en este país [Inglaterra], el del Arzobispo Whately, apareció en 1828. Hoy tenemos sólo pequeños manuales de discursos para después de las comidas —obras que hubieran dejado atónico y sin respiración a Quintiliano—. En Francia, la retórica fue suprimida de la segunda enseñanza en 1885. Solamente en América, con sus profesores de Retórica y sus Departamentos universitarios de Speech, sobrevive algo de la vieja tradición.» Clarke, 1968, p. V.

⁵¹ Teniendo en cuenta lo que en los neologismos austinianos se denomina *verdictives* y *exercitives* (esto es, enunciados que suponen un *verdicto* o el *ejercicio* de un poder o de un derecho) y en los verbos concretos que integran esas categorías, uno diría que Austin tiene en cuenta, ante todo y sobre todo, los mensajes que circulan en esa dirección. Aunque no se excluyen totalmente los de dirección contraria en el caso de los *exercitives* (sí en el de los *verdictives*) (1975, *Lecture XII*, pp. 148 y ss.).

No precisamente en este punto, pero sí en lo que respecta a la relación que la filosofía austiniana del lenguaje tiene con el poder y la autoridad, han reaccionado ante ese deslizamiento de la palabra al acto un lingüista, primero, y, a su zaga, un sociólogo, después. Me refiero a Benveniste y a Bourdieu. El argumento en contra se puede resumir —y simplificar, sin duda— en pocas palabras: el acto lingüístico no produce consecuencias si quien lo ejecuta no está investido previamente de autoridad: «Fuera de las circunstancias que lo hacen performativo, un enunciado tal no es nada»; «la pragmática demuestra por el absurdo que los actos ilocucionarios tales como los descritos por Austin son actos de institución que no pueden ser sancionados socialmente a no ser que tengan con ellos, de alguna manera, todo el orden social»⁵². La continua relativización, como señalaba antes, que de sus tanteos hace Austin me hace sospechar que es ésa demasiada carga crítica en un punto tal vez menor. Otra cosa son los constreñimientos generales, internos y externos al lenguaje, a que apuntan esos críticos de Austin. Pero de esto no puedo ocuparme aquí⁵³.

Me parece, en cambio, interesante destacar en esta ocasión otras objeciones a Austin, también de tipo sociológico, pero más concretas que las anteriores. Son las que dirige Norman Fairclough a la pragmática anglo-americana, es decir, los planteamientos de Austin y el desarrollo que de ellos hace Searle sobre los *speech acts*. Con arreglo a aquéllas, la principal debilidad del enfoque estriba en que la *acción* se concibe atomísticamente, como emanando de individuos, y se conceptualiza a menudo en términos de «estrategias» adoptadas por hablantes individuales para obtener sus fines e intenciones. Con ello se infravaloran los constreñimientos que derivan de las convenciones sociales y se transmite la implausible impresión de que los modos convencionalizados de hablar o escribir se «reinventan» en cada ocasión. Paralelamente, se sobrestima la medida en que el hablante manipula el lenguaje con finalidades estratégicas. El enfoque pragmático presupone, además, individuos que interactúan de modo cooperativo y que tienen igual control sobre las reglas básicas, y ello se eleva a prototipo de la interacción social: la cooperación entre iguales, una visión utópica e idílica de los fenómenos sociolingüísticos. Una segunda objeción resalta la limitación que el enfoque tiene por ceñirse a expresiones singulares, inventadas y distanciadas del discurso real. Enfrentados con éste, los *actos lingüísticos* se hacen problemáticos. Por último, se señala cómo, pese a haber destacado la importancia del contexto, el enfoque parece limitado a un nivel marginal del lenguaje, aquel que cubre los huecos de los niveles más centrales del mismo: gramática y lógica⁵⁴.

Por otra parte, la comunicación política no se ciñe sólo a «veredictos» o «ejercicios» de derechos o poderes. Las posibilidades de aplicación del análisis austiniano se agotan pronto por ese lado. No, estimo, por lo que respecta a esa

⁵² Respectivamente, Benveniste, 1966, p. 273; Bourdieu, 1982, p. 69.

⁵³ Lo hago en el trabajo ya mencionado, «Sobre el poder del lenguaje».

⁵⁴ Fairclough, 1989, pp. 10-11.

otra categoría que es la perlocución. Austin considera que su objeto central son los actos ilocucionarios, no la locución ni la perlocución⁵⁵. Y, sin embargo, dedica páginas interesantes a esta última, a los actos perlocucionarios⁵⁶. Me interesa destacar de ellas la insistencia —dentro de esa continua imbricación y relativización categorial austiniana— en que los actos perlocucionarios *producen* efectos o *tienen* necesariamente consecuencias; el acto ilocucionario sólo en cierto modo⁵⁷.

La matización es importante. Utilizando algunos de los verbos que emplea Austin creo que podemos establecer una distinción básica tanto en la forma como en el contenido del lenguaje político que arranca, precisamente, de aquella matización. *Ordenar* constituye un acto ilocucionario. Las probabilidades de ser obedecido son, en teoría, las mismas que las de ser desobedecido. El marco o entorno social (pensemos en Benveniste y en Bourdieu) nos dará la clave de por qué un acto como éste tiene una realización «feliz» o desafortunada. En cambio, *persuadir*, *convencer*, *hacer desistir*, que constituyen actos perlocucionarios, conllevan una realización «feliz»; esto es, tienen efecto o dejan de ser lo que son. Claro está que, como apunta Austin, tales efectos se consiguen a través de mecanismos psíquicos y por medios que pueden incluir desde blandir un palo a engañar. Podríamos, en suma, añadir que actos ilocucionarios y perlocucionarios implican o conllevan diferentes tipos de relaciones sociales. Y ahí es donde debemos abandonar por completo a Austin, porque su obra en ese terreno sugiere sin más.

Uno de los posibles desarrollos sociológicos es el que lleva a cabo Habermas⁵⁸. Ve Habermas una diferencia fundamental o básicamente *analítica* entre actos locucionarios e ilocucionarios; en cambio, por lo que respecta a la diferencia entre ambos y los actos perlocucionarios la relevancia sociológica es de mucha mayor envergadura. Ante todo, la diferencia estriba en que la ilocución, si se pretende exitosa («feliz», diría Austin), tiene que expresarse abiertamente. Podríamos añadir que una orden deja de serlo si no se hace pública de alguna manera, y debe ser reconocida como tal para que tenga efecto. Por el contrario, el éxito de la perlocución puede radicar precisamente en lo opuesto, «en que no se “admite” como tal». Creo que la simple alusión a la propaganda o a la publicidad permite, de momento al menos, ahorrar muchas aclaraciones, aunque no sé si piensa en ellas Habermas. Es decir, se trata, según el autor, de acciones teleológicas realizadas a través de actos lingüísticos, con la condición de que el actor no declare o admita sus objetivos como tales. Estamos en la esfera de la *interacción estratégica*, donde algún actor trata de sacar ventaja de otro u otros a los que engaña de algún modo para obtener sus fines. Esfera que Habermas diferencia por completo de la «acción comunicativa», donde los

⁵⁵ Austin, 1975, p. 103.

⁵⁶ *Ibid.*, especialmente, pp. 116 y ss.

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 107 y 118; 115-117.

⁵⁸ Habermas, 1984, pp. 292 y ss.

actores *armonizan* sus planes individuales. Ni que decir tiene que distinción tan tajante como ésta, más la carga negativa atribuida a la interacción estratégica, dejan fuera del ámbito habermasiano el análisis de la persuasión.

Partiendo de esa distinción, pero apartándome probablemente mucho de las intenciones de Habermas, yo diría que una y otra dimensión de la interacción social y uno y otro nivel del lenguaje nos permiten abordar, como insinuaba antes, dos dimensiones de la comunicación política. Muy groseramente: una y otra cubren los mismos ámbitos que la distinción, en inglés, entre *policy* y *politics*. Quizá, también, puedan relacionarse con la distinción weberiana entre autoridad y poder, siempre y cuando en el respaldo de este último se tenga en cuenta mucho más fuerza psíquica que física. Y, atando algún cabo suelto, pienso también que la imagen peyorativa de la política de Ortega no está nada alejada de esa otra imagen, igualmente peyorativa, que de la interacción estratégica tiene Habermas. Ni que decir tiene que los sarcasmos de Arnold van dirigidos, sin más, a todo el artificio jurídico-político, no a lo que algunos estiman las malas prácticas de la política.

De momento, me interesa dejar bien sentada una cosa: la política, en tanto que sistema de comunicación, tiene que ver mucho con el lenguaje en el sentido que me he venido refiriendo a él en las páginas anteriores. Sus formas y canales utilizan determinadas articulaciones gramaticales o sintácticas y excluyen otras. Ahora bien, todo eso tiene que ver fundamentalmente con lo que podría denominarse la expresión fónica o sonora del lenguaje. Es decir, no sólo la *parole* saussuriana, sino lo que, en el sentido en que Benveniste usa el término, puede denominarse *discurso*. Sin embargo, hay que hacer de inmediato dos importantes salvedades. En primer lugar, que la comunicación humana —en el ámbito político o en cualquier otro— no se agota en el lenguaje. La polisemia, por ejemplo, ese rasgo de lenguajes como el político, se aplica no sólo a las palabras, sino también a los objetos⁵⁹. Y, en segundo lugar, que ese nivel discursivo del lenguaje está constreñido tanto por factores endógenos como exógenos.

De ninguno de esos dos aspectos puedo ocuparme en este trabajo. Sí espero hacerlo con alguna extensión en otro momento⁶⁰. Ello me llevará, al tiempo, a plantear algunas de las complejas e intrincadas articulaciones que traban lenguaje y poder, en un sentido diferente o incluso opuesto al austiniano. El poder hacer cosas con palabras —la mera instrumentalidad del lenguaje— se relativiza en buena medida si atendemos a otras perspectivas, tanto lingüísticas

⁵⁹ Como recalca Barthes, «ante un objeto caben casi siempre varias lecturas de sentido posibles» (1985, p. 257). Congenia mal la vieja teoría retórica con la moderna semiología o semiótica, pero a veces se combinan y producen obras interesantes, como la de Vasaly, 1993. En ella se pone de relieve con acierto cómo juegan en la persuasión del orador y en la transmisión de significado signos verbales y no verbales, fenómenos conscientes y factores ajenos al propósito de hablante y oyente.

⁶⁰ Del segundo aspecto sí me ocupo con alguna extensión en el mencionado «Sobre el poder del lenguaje».

como sociológicas. Se trata de planteamientos que nos ponen de relieve cómo el lenguaje (*discurso* o *speech*, pero también su sustrato) no es meramente *expresión* de realidades, sino también *productor* de las mismas. Tal vez en ello estribe, más que en esa superficie a la que atiende la pragmática, su auténtico poder y la fuerza misma del demiurgo de la persuasión. Porque, además, ésta, desde el mundo clásico, requiere o implica, mucho más que cooperación o armonización de intereses, tensión competitiva o agonística⁶¹.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- APPIAH, Kwame Anthony (1992): *In my father house. Africa in the philosophy of culture*, Oxford University Press, Nueva York Oxford.
- ARISTÓTELES (1941): *La política*, trad. de don Patricio de Azcárate, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires.
- (1972): *Politics*, versiones griega e inglesa, trad. de H. Rackham, Harvard Univ. Press, Cambridge (Mass.).
- ARNHART, Larry (1981): *Aristotle on political reasoning. A comentary on the «Rhetoric»*, Northern Illinois Univer. Press, Delkab.
- ARNOLD, Thurman (1935): *The symbol of government*, Yale University Press, New Haven.
- ASH, Timothy Garton (1995): «Intellectuals and politicians», *The New York Review of Books*, 12 enero, pp. 34-41.
- ASHWORTH, E. Jennifer (1988): «The historical origins of John Poinsett's *Treatise on signs*», *Semiotica*, 69, 1-2, pp. 129-147.
- AUSTIN, J. L. (1975): *How to do things with words*, Harvard Univ. Press, Cambridge (Mass.) (or. 1962).
- BARTHES, Roland (1985): *L'aventure sémiologique*, Éditions du Seuil, París.
- BENVENISTE, Émile (1966): *Problèmes de linguistique générale*, Gallimard, París.
- BOUCHER, David (1989): *The social and political thought of R. G. Collingwood*, Cambridge University Press, Nueva York.
- BOURDIEU, Pierre (1982): *Ce que parler veut dire. L'économie des échanges linguistiques*, Fayard, París.
- BURKE, Kenneth (1969): *A rhetoric of motives*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles (or. 1950).
- (1989): *On symbols and society*, edición e introducción por Joseph R. Gunsfield, Univ. of Chicago Press, Chicago.
- CLARKE, M. L. (1968): *Rhetoric at Rome. A historical survey*, Barnes & Noble, Inc., Nueva York (ed. or. 1953).
- COPE, E. M. (1867): *An introduction to Aristotle's Rhetoric with analysis, notes and appendices*, Macmillan and Co, Londres y Cambridge.
- CORCORAN, Paul E. (1979): *Political language and rhetoric*, University of Texas Press, Austin, Texas.

⁶¹ Como viene a decir Burke: la *Retórica* de Aristóteles es una especie de manual de arte masculino de autodefensa (1969, p. 52). Pero también con anterioridad la oratoria «era "gimnasia intelectual" (...) Leyendo a los oradores áticos de aquel período sentimos realmente que el *logos* es un luchador que se ha despojado de sus ropas para el ring (...) Los griegos llamaban *agon* al proceso o juicio, porque siempre lo concibieron como una forma legalizada de lucha entre dos rivales» (Jaeger, 1960, pp. 315-316).

- DEELY, John (1994): *New begininings. Early modern philosophy and postmodern thought*, University of Toronto Press, Toronto.
- EDELMAN, Murray (1964): *The symbolic uses of politics*, University of Illinois Press, Urbana.
- (1988): *Constructing the political spectacle*, The University of Chicago Press, Chicago y Londres.
- FAIRCLOUGH, Norman (1989): *Language and power*, Longman, Londres y Nueva York.
- FOSTER, Michael K. (1974): *From the earth to beyond the sky. An ethnographic approach to four Longhouse Iroquois speech events*, National Museums of Canada, Ottawa.
- FURLEY, David J., y NEHAMAS, Alexander (eds.) (1994): *Aristotle's Rhetoric*, Princenton Univ. Press, Princenton (N. J.).
- GARVER, Newton (1973): «Preface» a Jacques DERRIDA, *Speech and phenomena. And other essays on Husserl theory of signs*, Northwestern University Press, Evanston.
- GROTE, George (1973): *Aristotle*, 2.ª ed. con adiciones, por Alexander Bain y C. Croom Robertson, Arno Press, Nueva York (ed. or. 1880).
- HABERMAS, Jürgen (1984): *The theory of communicative action. Volume 1. Reason and the rationalization of society* (trad. inglesa), Beacon Press, Boston (ed. or. 1981).
- HOFSTADTER, Richard (1965): *The paranoid style in American politics and other essays*, Alfred A. Knopf, Nueva York.
- HYMES, Dell (1965): Recension de *How to do things with words*, de J. L. Austin, *American Anthropologist*, 67, pp. 587-588.
- JAEGER, Werner: *Paideia. The ideals of Greek culture*, vol. I, 2.ª ed., 1960 (or. inglesa, 1939); vol. III, 1944, Oxford Univ. press, Nueva York.
- JAMIESON, Katheleen Hall (1988): *Elocuence in an electronic age. The transformation of political speechmaking*, Oxford University Press, Nueva York y Oxford.
- JARRAT, Susan C. (1991): *Rereading the Sophist. Classical rhetoric refigured*, Southern Illinois University Press, Carbondale y Edwardsville.
- KINNEAVY, James L. (1980): *A theory of discourse. The aims of discourse*, W. W. Norton Company, N.Y.-Londres (or. 1971).
- LANGER, Susanne K. (1978): *Philosophy in a new key: a study in the symbolism of reason, rite and art*, Harvard Univ. Press, Cambridge (Mass.), 3.ª ed. (or. 1942).
- LASSWELL, Harold D. (1977): *On political sociology*, edición e introducción por Dwaine Marwick, The University of Chicago Press, Chicago y Londres.
- LOUIS, P. (1955): «Remarques sur la classification des animaux chez Aristote», en *Autour d'Aristote. Recueil de philosophie ancienne et medieval offert à Monseigneur A. Mansion*, Publications Universitaires de Louvain, Lovain.
- MALINOWSKI, Bronislaw (1938): «The problem of meaning in primitive language», en Ogden y Richards, pp. 296-336.
- MIROFF, Bruce (1995): «The presidency and the public: Leadership and spectacle», en Michel Nelson (ed.), *The presidency and the political system*, A Division of Congressional Quarterly Inc., Washington, D.C.
- MURPHY, James Bernard (1991): «Nature, custom, and stipulation in the semiotic of John Poinot», *Semiotica*, 83, 1/2, pp. 33-68.
- NARINS, Peter M.: «Frog communication», *Scientific American*, vol. 273, n.º 2, pp. 78-83.
- OGDEN, C. K., y RICHARDS, I. A. (1938): *The meaning of meaning. A study of the influence of language upon thought and the science of symbolism*, Harcourt, Brace and Company, Nueva York (ed. or. 1923).
- ORTEGA Y GASSET, José (1947): *Obras completas*, tomo III (1917-1928), Revista de Occidente, Madrid.
- PRIGOGINE, Ilya (1963): «Symboles en physique», *Cahiers Internationaux de Symbolisme*, 3, pp. 78-84.
- RICOEUR, Paul (1975): *La métaphore vive*, Éditions du Seuil, París.
- ROMILLY, Jacqueline de (1988): *Les grandes sophistes dans l'Athènes de Pericles*, Editions de Fallois, París.

- SAPIR, Edward (1933): «Language», *Encyclopaedia of the Social Sciences*, vol. 9, The MacMillan Corporation, Nueva York.
- SAUSSURE, Ferdinand de (1949): *Cours de linguistique general*, 4.^a ed., Payot, París.
- SEBEOK, Thomas A. (1991): *A sign is just a sign*, Indiana University Press, Bloomington e Indianapolis.
- TAMBIAH, Stanley Jeyaraja (1985): *Culture, thought and social action. An anthropological perspective*, Harvard University Press, Cambridge (Mass.).
- VASALY, Ann (1993): *Representations. Images of the world in Ciceronian oratory*, Univ. of California Press, Berkeley.
- VIRIEUX-REYMOND, Antoinette (1986): «Aristote et la biologie», en *Energia. Etudes aristoteliciennes offertés à Mgr. Antonio Jannone*, Librairie Philosophique J. Vrin, París, pp. 192-198.
- VON ÜEXKÜLL, Jakob (1982): «The theory of meaning», *Semiotica*, 42, 1, pp.25-82.

ABSTRACT

This paper sets out to highlight both the specific nature and the difficulties of understanding political communication. Conceived since Aristotle's day as a singular combination of rationality and emotion, it has been the target of varied attacks. These range from the habitual distrust, intellectual and popular, of politics, to the quest, in philosophy and logic, of a purely referential or denotative language. However, the author contends that in order to understand political language, other approaches to its meaning must be taken into account (linguistic anthropology, the pragmatics of Austin and those who followed him, Habermas' theory of communicative action), which, while different in themselves, retrieve key aspects of classical rhetoric. The author also singles out certain inevitable shortfalls vis-à-vis these approaches in such complex fields as those related to language.